

¿Segunda transición o adiós definitivo?

José María CARRASCAL

Bajo el expresivo e incluso atrayente título de «Por una segunda transición democrática y plurinacional», los líderes de tres partidos nacionalistas, Esquerra Republicana, Eusko Alkartasuna y la Chunta Aragonesista, han difundido un manifiesto que por su calado, trascendencia e intenciones merece más atención de la que ha tenido. ¿Por qué se ha puesto sordina a las aspiraciones de tres partidos que, aunque minoritarios, desempeñan un importante papel en la política de sus respectivas Autonomías, y por ende, en la nacional? Pues por cautela, si no miedo. Hay que empezar a reconocer que la política española está sembrada de temores, que vienen de muy lejos, posiblemente de aquellos tiempos en los que decir lo que uno pensaba podía llevarle a la hoguera. Es por lo que se silencia lo que no conviene y se obvia lo políticamente incorrecto. Y eso lo hacen todos, o casi todos, con la consecuencia de que los pocos que hablan claro y fuerte avanzan posiciones sin encontrar apenas resistencia. El manifiesto de que hablamos es igualmente inconveniente a un PSOE que puede necesitar la ayuda de los firmantes, como al PP que, impotente, los ha visto crecer bajo su mandato. Pero esta pusilanimidad de los dos grandes no quita un ápice de importancia a los tres pequeños. Al revés, la magnífica. Y no vamos a ser nosotros quienes pasemos por alto tal documento.

Se trata de un claro manifiesto de intenciones →cosa que siempre hay que agradecer←, aunque fundado en supuestos que quebrantan tanto la realidad objetiva como el marco constitucional vigente. Por lo pronto, habla de «naciones» →«el papel al que tienen derecho nuestras naciones» dice textualmente←, cuando la Constitución admite sólo «nacionalidades», reservando el término Nación, sólo para España. Luego, habla de «pueblos» dentro de España, cuando la Constitución alude a sólo un pueblo, el español, detentor de la soberanía nacional. Por último, concede a los parlamentos autonómicos derechos y poderes para decidir por su cuenta, al margen del Parlamento español. Resumiendo: se suplanta la presente estructura del Estado español por un conjunto de naciones que, a través de sus parlamentos, decidirán tanto su futuro como sus relaciones con las demás. Hemos abandonado el Estado de las Autonomías, para entrar de lleno en el de las Soberanías.

Para justificar tal travestismo, los firmantes del manifiesto tienen que valerse de argucias no menos engañosas: desacreditar la transición, menoscabar el Estado de las Autonomías, rebajar nuestra democracia y falsificar la realidad. Sostienen que «las circunstancias particulares al finalizar la dictadura trajeron una democracia disminuida» a nuestro país, dando lugar a un Estados de las Autonomías restringido, que a estas alturas ha quedado totalmente desfasado. Olvidando que si bien es verdad que tras la muerte de Franco existía la amenaza de un golpe de Estado →que se dio y fue superado←, existía también la mala conciencia de los franquistas reciclados, que les hizo hacer concesiones a los nacionalistas que unos políticos sin ese lastre nunca hubieran hecho. La realidad es que la transición fue un consenso entre fuerzas políticas de muy distinta procedencia, empeñadas en pasar de la dictadura a la democracia sin traumas. Con concesiones por todas partes, siendo muy difícil decir quién dio más. Igualmente incuestionable resulta que nuestra democracia es tan amplia como cualquiera de las de nuestro entorno. La mejor prueba es que permite hablar y actuar a quienes así la denigran. Si hay un lugar hoy en España donde la democracia no se practica plenamente es el País Vasco, gobernado precisamente por uno de los partidos firmantes del manifiesto. Si ese es el modelo que intentan imponer en todo el territorio, Dios nos coja confesados.

Los tres partidos en cuestión han encontrado en el PP la coartada ideal para su tesis, exagerando su forma de gobernar hasta extremos que nada tienen que ver con la realidad. Hablar, como hacen, de «restricción de libertades ciudadanas» y de «amenaza al marco constitucional», cuando son ellos quienes intentan dinamitarlo, no es una exageración, es una falacia, como puede comprobar cuantos viven en este país. Que a Aznar le faltó tacto y le sobró soberbia, que ha pagado muy caro, nadie lo discute. Pero comparar su mandato con el de Franco, prometer ayuda para «iniciar este proceso de democratización» y enarbolar la bandera de «una segunda transición que refuerce las libertades y los derechos sociales» es, sencillamente, un timo, ya que los únicos derechos y libertades que quieren reforzar esos

nacionalistas son los suyos, como estamos viendo en todas aquellas comunidades donde alcanzan el poder. Sin respetar para nada los derechos y libertades de quienes no piensan como ellos y transgrediendo de la manera más burda las normas y marcos legales que nos hemos dado entre todos. Aznar ha podido equivocarse en muchas cosas, empezando por olvidar que, en democracia, gobernar no es sólo mandar, sino también convencer. Pero nunca se salió de la legalidad, como se están saliendo cada dos por tres sus críticos nacionalistas. Él trataba de imponer estrictamente el Estado de las Autonomías. Que es, a fin de cuentas, el quid de la cuestión. ¿Estamos de acuerdo con ese Estado o no? Por cuanto vemos y oímos, quienes no están de acuerdo con él son los nacionalistas, que hacen cuanto está en su mano para socavarlo, incluido la distorsión, la deslegitimación y las amenazas. Si, las amenazas. El manifiesto acaba con una advertencia al gobierno del PSOE: «Esperemos que esté a la altura de las circunstancias en esta segunda oportunidad para el cambio que le ha dado el electorado». No sabíamos que el 14-M se decidiese una segunda transición.